LA JERUSALÉN LIBERTADA

POEMA ITALIANO, POR TORCUATO TASSO

EN el sexto año de la primera Cruzada, cuyo fin fué rescatar el Santo Sepulcro, del poder de los infieles, Dios envió su ángel a Godofredo, caudillo de las huestes cristianas, y le ordenó libertar a Jerusalén. El celoso y cristiano Godofredo llamó a sus capitanes, les dijo que hicieran sus preparativos para avanzar, y ordenó una gran revista de todas las huestes que habían de pelear al día siguiente.

En todo el espacio que la vista podía descubrir veíase el mar surcado de buques, que traían soldados y víveres, y la tierra enteramente cubierta por las tiendas de los cruzados. Tropas de todas las naciones cristianas desfilaron ante Godofredo. En primer lugar, venían los franceses; luego los normandos y los soldados de Holanda; cada poderoso príncipe italiano marchaba al frente de sus hombres; y había también ingleses, irlandeses, noruegos y regimientos de otros países. Muchos hombres famosos se encontraban allí: Pedro el Ermitaño, el fogoso apóstol de la Cruzada; el joven y bizarro Reinaldo, el más valiente de todos los guerreros; Tancredo, campeón insigne, así en las lides de Marte como en las de Cupido, y, por fin, la flor de la cristiana caballería, que había hecho voto de libertar la tierra que Cristo santificara con sus huellas.

El viejo tirano de Jerusalén preparaba la defensa de la ciudad, y llamó en su auxilio al Sultán de los turcos hacia el norte, y por el sur al Califa de Egipto. Y, al ver alzarse el campamento cristiano ante los muros de Sión, envió una embajada a Godofredo, advirtiéndole que no aguardara la embestida de las numerosas fuerzas musulmanas que estaba reuniendo. Pero el jefe cristiano le contestó que en Dios confiaba, y en su nombre avanzaría. Al oir esta respuesta, el tirano subió a una torre muy alta, para divisar el campamento enemigo. Con él estaba Herminia, hija del rey de Antioquía. Tancredo había dado muerte a su padre, y hecho prisionera a la joven, pero tratóla con grandes miramientos y púsola finalmente en libertad para que pudiera ir a Jerusalén a reunirse con sus amigos. Mientras estuvo cautiva, Herminia se había enamorado del que a tal estado la había reducido; mas Tancredo ni siquiera sospechó su amor, porque a él le había robado el corazón una princesa musulmana, llamada Clorinda, un día que la vió sola, sentada a la orilla de un río.

La princesa Clorinda, que estaba también en la ciudad sitiada, era famosa, no sólo por su belleza, sino también por su valor. Veíasela cubierta, como un hombre, de su armadura, y no había caballero más temido que ella en las batallas. Era hija de la reina cristiana de Abisinia, pero el secreto de su nacimiento lo conocía tan sólo su anciana sirvienta, y en su infancia había sido llevada a Persia y educada en la fe del islam. Y, aunque su madre lo deseaba, nunca había sido bautizada. Fué Clorinda quien dirigió el primer asalto desde la ciudad; montada en su corcel, con su blanca armadura, salió al frente de sus hombres y atacó un pequeño cuerpo del enemigo, dando muerte a su capitán. Creyéndola hombre, Tancredo salió del campo y se lanzó contra ella; y, en medio de la refriega, a la valerosa guerrera se le cayó el casco de la cabeza. De este modo reconoció Tancredo a su amada. Con rápidas y entrecortadas palabras le declaró el joven su amor, antes de que les separase el tumulto de la batalla.

Aquel día fué muerto uno de los grandes capitanes de Godofredo, y muchos creían que Reinaldo le sucedería en el mando. Pero un osado noruego ambicionaba para él aquel honor, e insultó a Reinaldo con venenosas palabras. Irritado el impetuoso caballero, desafió al atrevido, que mordió en breve el polvo. Pero no todo fué gloria para el vencedor. Godofredo

ordenó que el matador fuera juzgado y castigado, y entonces Reinaldo, oyendo los consejos de sus amigos, montó su caballo y se alejó del campo para siempre, según creía él.

Querellas como ésta eran muy perjudiciales a la causa de los cristianos, y el maligno espíritu hacía cuanto podía para fomentarlas. Así, pues, persuadió a un mago de Damasco a que enviara a su hermosa sobrina, Armida, al campo de Godofredo, para que su belleza apartara a los jóvenes caballeros del camino del deber y del honor. Llegó la doncella, y con lágrimas imploró auxilio para recobrar su legítimo reino; y los corazones de los caballeros se conmovieron profundamente al oirla. Se le dieron diez campeones, que la suerte designó; pero, al alejarse con su escolta, otros muchos desertaron de sus sitios respectivos y, montados en sus corceles, procuraron alcanzarla al llegar la noche; de este modo perdió Godofredo a varios de sus más valientes guerreros.

De la ciudad salió un terrible campeón, llamado Argante, desafiando a los caballeros cristianos a que midieran con él sus armas en singular combate. Tancredo fué elegido para luchar con el provocador; y hasta la caída de la noche estuvieron combatiendo, pero los dos quedaron tan mal heridos, que se aplazó el término de la refriega para el sexto día. Herminia había asistido a la horrible lucha desde lo alto de la torre, y su corazón se estaba consumiendo con el deseo de acercarse al hombre a quien amaba y cuidarle hasta que recobrara la salud. Pero ¿cómo salir de la ciudad? Por fin, tuvo la idea de cubrirse con la blanca armadura de Clorinda y de salir a caballo por la noche, y así los centinelas creerían que era la princesa musulmana, que tenía libertad para entrar y salir, como y cuando quisiera. Este plan tuvo completo éxito. Se acercó al campo cristiano, y, aguardando fuera, mandó a su escudero a informarse de si Tancredo podía recibirla. Pero, mientras esperaba, en la oscuridad, vió llegar a algunos caballeros, los cuales, convencidos de que era Clorinda, la persiguieron durante varias leguas hasta que, fatigados, la abandonaron; pero ella vió que se había extraviado enteramente. Entre tanto Tancredo, al oir que una dama cubierta de su armadura deseaba verle, se levantó de su lecho, se revistió de sus armas y salió a su encuentro, creyendo que era Clorinda. Pero la dama había huido, y Tancredo, desesperado, salió hacia la selva, decidido a buscar a su amada hasta encontrarla.

Herminia halló refugio al apuntar el alba en la cabaña de un bondadoso pastor, pero Tancredo no tuvo la misma fortuna. Ya había abandonado su esperanza, cuando encontró a un viajero, y le preguntó el camino para ir al campo de Godofredo. El hombre era un malvado que aborrecía a los cristianos, y en lugar de enseñar a Tancredo el camino por que preguntaba, le hizo tomar la dirección del castillo de Armida; una gran fortaleza que se levantaba en el centro de un lago, con un puente que la unía a la orilla. Allí, después de haber luchado valientemente, Tancredo fué cogido en una trampa y encerrado en una mazmorra; causándole gran aflicción la idea de que no podría proseguir con Argante el comenzado desafío en el día designado. Otro campeón cristiano, el anciano Raimundo, fué escogido para luchar contra el fiero sarraceno, y un ángel invisible le protegió durante el combate.

Casi diariamente se reñían peleas en la llanura que se extendía entre la ciudad y el campo, en las cuales Clorinda y Argante, por un lado, y Godofredo con sus caballeros por otro, llevaron a cabo gloriosas hazañas. A menudo los espíritus de las tinieblas ayudaban a los sarracenos, mientras Miguel y las angélicas huestes prestaban su auxilio a los campeones de la Cruz. Pero en el más desesperado de estos encuentros, grande fué el regocijo de Godofredo al ver llegar en ayuda de los cristianos a un escuadrón de nobles jóvenes, en los cuales reconoció a Tancredo y a los caballeros que se habían dejado seducir por los infernales atractivos de Armida.

A las preguntas de Godofredo contestaron que Armida los había conducido a su castillo del lago, y les había dado una terrible prueba de su mágico poder, transformándoles en peces. Luego, volviéndolos a la forma humana, los había invitado a abrazar la fe del islam, y a combatir bajo de su bandera contra los cruzados. Como ellos rehusaran hacerlo, resolvió tenerlos prisioneros en las oscuras mazmorras donde también estaba Tancredo; y al llegar una escolta procedente de Damasco, los envió todos a Egipto como prisioneros de guerra. Sin embargo, su buena estrella quiso que hallaran en su camino al invencible Reinaldo, que andaba errante, desterrado del campo cristiano. Arrojóse éste con gran valor sobre la escolta, y habiendo dado muerte a todos sus soldados, quedaron en libertad Tancredo y sus compañeros, pudiendo de esta suerte prestar su auxilio a Godofredo en la gran batalla. Los mejores guerreros, excepto Reinaldo, habían vuelto, pues, al campamento cuando Godofredo decidió tomar la ciudad por asalto. Con este propósito mandó disponer grandes arietes para batir en brecha los muros; hizo construir máquinas que arrojaban enormes piedras, y en particular, una altísima torre de madera montada sobre ruedas, desde la cual hombres armados podían atacar a los defensores por encima de las murallas. Pero Pedro el Ermitaño le recordó que también debían prepararse espiritualmente las huestes, y por orden de Godofredo todo el ejército cristiano se dirigió en solemne procesión al Monte Olivete, donde se ofreció el Santo Sacrificio y se cantaron himnos sagrados, mientras los paganos proferían desde las murallas de la ciudad horribles blasfemias.

Al amanecer del siguiente día empezó el ataque. Godofredo y otros caballeros se despojaron de sus pesadas armaduras, porque cada uno de ellos quería ser el primero en escalar las fortificaciones. Diversas y terribles máquinas de guerra rodaron contra la ciudad, y pronto empezaron los arietes a abrir brecha en los muros. Argante y el Sultán turco dirigían la defensa de la ciudad; y Clorinda disparaba desde la muralla sus certeras flechas. Una de sus saetas impidió que los asaltantes triunfaran aquel día; en el momento en que Godofredo se disponía a hacer entrar a sus hombres dentro las murallas, un dardo de Clorinda le atravesó la pierna. El cielo quiso que sanase presto de su herida, pero la noche estaba para caer y hubo de abandonarse el ataque de la ciudad. Un grupo de obreros trabajaron toda la noche en la reparación de la torre, vigilados por atentos centinelas.

Aquella misma noche la valerosa Clorinda concibió el atrevido proyecto de abandonar ella sola la ciudad para pegar fuego a la torre. El rey de Jerusalén no pudo resistir a sus ruegos, y Argante quiso ir con ella. Mientras un hechicero preparaba bombas incendiarias para esta ardua empresa, la vieja sirvienta de Clorinda, procurando disuadirla de su empeño, le refirió el secreto de su cristiano nacimiento, y le predijo su próxima muerte. La valerosa joven no quiso desistir de su idea, y cubriéndose con oscura armadura, salió con Argante por la puerta de la ciudad; se deslizaron a lo largo de las murallas y, sin despertar la atención de los centinelas, pegaron fuego a la ingente torre de madera, que en breve no fué más que una inmensa hoguera, cuyas llamas se alzaban hasta el cielo.

Dada la señal de alarma, soldados y caballeros se alejaron precipitados del campo. Argante y su compañera se abrieron camino hacia la puerta de la muralla, donde los centinelas los estaban esperando; Argante entró sano y salvo, mas en medio de la oscuridad y confusión quedó Clorinda fuera, al cerrarse la puerta; sola, sin hallar refugio, y sin otra defensa que la de su armadura contra mil encarnizados enemigos. A ellos se juntó esperando pasar inadvertida; pero, al dejarlos para dar la vuelta a la muralla, esperando hallar otra puerta abierta, sus movimientos llamaron la atención de Tancredo, el cual,

sospechando que era un enemigo, la persiguió. Largo tiempo corrió tras ella, hasta que volviéndose hacia él Clorinda, se empeñó en la oscuridad una horrible y silenciosa lucha. La aurora les sorprendió, sin fuerzas, debilitados además por sus heridas, y descansando del combate apoyados en sus espadas.

Tancredo quiso entonces saber el nombre del caballero con quien había luchado, pero Clorinda no contestó a su pregunta, diciendo solamente que era uno de los que habían pegado fuego a la torre. Irritado al oir tal confesión, Tancredo se precipitó sobre ella y le atravesó el pecho con su espada. Cayó Clorinda al suelo, y mientras el príncipe contemplaba su agonía, el alma de la joven moribunda fué iluminada por la fe, la caridad y la esperanza. « Os perdono, amigo mío », le dijo. « Ya que no podéis salvar mi vida, dadme el bautismo; ¡os lo suplico! » Lleno de remordimiento, se levantó Tancredo, y corriendo a una fuente cercana, llenó su casco de agua; después trató de quitarle con manos temblorosas el casco que ella llevaba. Al ver su rostro reconoció a su amada, y este triste descubrimiento le dejó mudo de espanto. Pero, dominando su dolor, derramó el agua sobre su frente, mientras pronunciaba las palabras sacramentales. « Adiós », — dijo ella estrechándole la mano,—« muero en paz ». Los soldados cristianos hallaron a Tancredo tendido en el suelo cual si estuviera muerto, al lado del cadáver de Clorinda, e inmediatamente llevaron a los dos a su tienda. Después de haber vuelto Tancredo a la vida, y con ella a su profundo dolor, levantó en su campo a su amada una magnífica tumba; aparecióse el espíritu de Clorinda, en una visión, y le dijo que le esperaba en el cielo.

Entretanto Godofredo no pensaba sino en reemplazar la antigua torre por otra más alta aún; al efecto, mandó leñadores a la sierra para que trajeran buena provisión de madera con que empezar los trabajos. Pero el mago de la ciudad, adivinando con sus artes diabólicas estos preparativos, encerró un espíriru maligno dentro de cada árbol, y no hubo hombre capaz de trabajar en aquellas maderas. El mismo Tancredo, queriendo darse cuenta de tan extraño caso, cortó un árbol con su espada, pero el demonio que dentro moraba, imitando la voz de Clorinda, le echó en cara que quisiera matarla segunda vez; entonces el caballero, perdido el valor, regresó a su campo. Otras calamidades siguieron; el país fué asolado por un calor y sequía insoportables y en las huestes cristianas hubo rencillas y deserciones.

En su desamparo clamó Godofredo al Altísimo, y recibió la promesa de una inmediata victoria. El Señor le envió una visión haciéndole ver la vanidad de las cosas creadas, comparadas con las del cielo; y habiendo pedido luz para conocer su deber, una voz le contestó que llamara a Reinaldo de su destierro; y que siendo él la cabeza de la empresa, Reinaldo sería su brazo derecho.

Partieron dos caballeros en busca de Reinaldo. Pedro el Ermitaño les dirigió a un prudente anciano que habitaba un palacio encantado, y éste les dijo que Reinaldo estaba con Armida en una preciosa isla del Océano Atlántico. Una santa doncella les condujo en un barquito de vela desde Palestina hacia el oeste, a través del Mar Mediterráneo y del estrecho de Gibraltar, y luego, por el Atlántico, hasta que llegaron a las islas Afortunadas. Por doquier pasaba la embarcación de la doncella, las aguas del mar estaban tranquilas como las de un lago, la brisa era fresca y agradable, y en el cielo no se veía ni una nube.

Finalmente, llegaron a la isla de Armida y, al desembarcar, vieron su soberbio palacio en la cumbre de una montaña. Al día siguiente emprendieron la ascensión, desafiando los peligros de una multitud de leones, serpientes y otros animales, y resistiendo a los atractivos de hermosísimas ninfas que querían distraerles de su misión. Al entrar en el palacio, se hallaron en un

jardín bello como el Paraíso, lleno de las más lindas flores, cuyos árboles estaban poblados de mil canoros pajarillos; y escondiéndose entre los arbustos divisaron a Reinaldo, vestido de ricas y delicadas telas, conversando con Armida. Esperaron a que quedara solo, y entonces se adelantaron hacia él. La vista de las armaduras despertó en Reinaldo su antiguo amor al deber y al honor y miró sus magníficos vestidos con desvío y vergüenza. Sus compañeros le conjuraron a que volviera al ejército de Cristo; el noble joven depuso sus vestiduras de seda; y, sin hacer caso de las lágrimas ni de la ira de Armida, corrió con sus amigos hacia la orilla del mar. Pronto se hicieron a la vela con rumbo a Tierra Santa, mientras la hermosa Armida, enfurecida, destruía su castillo con sus malas artes, huyendo luego ante ellos para juntarse con sus enemigos.

Al llegar al lugar donde se hallaba el ejército que el Egipto había enviado en socorro de Jerusalén, Armida juró vengarse de Reinaldo, y prometió su persona y su reino al que le entregara su cabeza. Pero Reinaldo, arrepentido, había confesado sus errores al llegar al campo cristiano, y había sido cordialmente recibido por Godofredo y todos sus caballeros. En breve dió muestras de su antiguo valor, penetrando solo en la selva encantada y librándola de los malignos espíritus que tal temor habían infundido a todos los ánimos. Los leñadores pudieron ir a cortar madera de los árboles, y a los pocos días estaba construída una enorme torre montada sobre ruedas, mucho más formidable que la incendiada por Clorinda.

Por fin, llegó el momento en que todo estaba preparado para el ataque final. La altísima torre, los arietes y otras máquinas, fueron arrastrados hasta las murallas de Jerusalén, y muchos caballeros se proveyeron de altas escalas para subir a los muros. Los defensores de la ciudad resistieron desesperadamente, lanzando piedras, grandes trozos de leña y pez hirviendo sobre las huestes reunidas al pie de las murallas. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. El viento empujaba las llamas hacia sus propias obras de defensa, y el valor de los sitiadores era irresistible. En medio de la refriega Godofredo vió a San Miguel y a los espíritus celestiales combatiendo entre los cristianos. Además, la presencia de Reinaldo les daba a todos la seguridad de la victoria; y él fué el primero en poner los pies en la muralla, encaramándose en una alta escalera, y el primero también en llevar el horror de la batalla dentro de la ciudad. Godofredo, sosteniendo en sus manos el estandarte de los ejércitos cristianos, le siguió detrás, pasando desde su torre a la muralla por medio de un puente. Tancredo venía en segundo lugar, sosteniendo la Cruz; y tras ellos multitud de caballeros. Abriéronse de par en par las puertas de la ciudad, y el enemigo fué exterminado.

Jerusalén estaba libertada; y sólo por espacio de algún tiempo se resistieron el Sultán de Turquía y el anciano Rey en un viejo castillo. Godofredo volvió luego su brazo victorioso contra las huestes egipcias que se acercaban, y con las cuales venía Armida, ardiendo en sed de venganza contra Reinaldo. Habiendo encontrado Argante, el campeón sarraceno, a Tancredo dentro de la ciudad, le desafió a muerte para poner fin a su antigua enemistad; dirigiéronse ambos a un lugar solitario, y, después de furiosa lucha, cayó Argante mortalmente herido; Tancredo, aunque vivo aún, yacía en el suelo pálido como un cadáver. En tal estado le encontró Herminia, que tanto le había amado, y empezó a llorarle como a muerto; sus lágrimas y besos le volvieron a la vida; y ella, con ayuda de su escudero, vendó sus heridas y le llevó a la ciudad para cuidarle en su misma casa.

Muchos encontraron la muerte en los crueles combates de aquel día. Reinaldo se revolvía como un león contra el enemigo y mató no solamente al Sultán y al viejo tirano, sino también a los más valientes campeones de Armida. Ésta en persona le disparó varias flechas, mas deseando ardientemente que no le to-

caran, pues al volverle a ver había sentido que su amor era más grande que su cólera.

Por último, llegó la noche de aquel día terrible y con ella, la completa derrota, de las huestes paganas. Armida, desesperada, huyó del campo cabalgando en un ligero corcel de batalla. Pero Reinaldo la persiguió y le dió alcance, cuando, fatigada y sin poder casi sostenerse, estaba a punto de quitarse la vida, y arrodillándose junto a ella, se ofreció como su campeón, su protector y su amante.

Entretanto Godofredo se dirigió al Templo y, alzando sus brazos al cielo, se abismaba en oración profunda y fervorosa.

PEDRO EL ERMITAÑO, PREDICANDO LA PRIMERA CRUZADA